

Neoliberalismo y democracia neoliberal: dictadura del mercado y gobierno de las minorías

ANTONIO CÓRDOBA GÓMEZ*

Presentación

En el presente artículo desarrollo una reflexión sobre el neoliberalismo. Lo entiendo como el credo ideológico y político que, de ser un ejercicio intelectual minúsculo propuesto localmente por algunos pensadores europeos desde la tercera década del siglo XX, pasó a tomar un lugar dominante (hegemónico) en el mundo, en tanto concepción sobre la economía, la sociedad y el Estado. El texto se divide en tres partes: en la primera se toman en cuenta algunos antecedentes históricos que precedieron el arribo triunfante del neoliberalismo; en la segunda parte se asume el neoliberalismo como expresión de lo que Michel Foucault denominó *gubernamentalidad*; finalmente en la tercera muestro cómo el neoliberalismo ha contribuido a desvirtuar (desnaturalizar) la democracia, en tanto forma de gobierno que se supone debería focalizar sus prioridades en la realización del interés general. En su lugar, el neoliberalismo distorsionó la democracia y la convirtió en un poder al servicio de las minorías (élites) y del mercado.

1. Antecedentes históricos sobre la implantación del credo neoliberal

Desde su surgimiento el neoliberalismo se mostró como un núcleo teórico, discursivo y epistémico en torno al cual se produjo el enlistamiento político de varios intelectuales, académicos y empresarios. Estos, además de identificarse con los nuevos postulados, colocaron sus narrativas y sus ideogramas al servicio de la armazón ideológica de una forma radical de ver y entender el capitalismo. Estos crearon así una nueva ola de pensamiento, que se propagaría por el mundo a partir de la postulación, con un carácter ecuménico, del manifiesto político-económico denominado “Camino a la Servidumbre”, publicado en 1947. A través de este documento la derecha económica plasmó la defensa de los valores y principios de acción que desde entonces han oficiado como los misiles de combate usados en la batalla emprendida contra el marxismo, la planificación económica centralizada, el keynesianismo y el Estado de Intervención Social.

A partir de los coloquios Lipmann (1938) y, sobre todo, de las reuniones convocadas por

* Técnico en Educación; Licenciado en Ciencias Sociales-Historia; Licenciado en Filosofía; estudios de derecho; Magíster en Estudios Políticos; estudios de doctorado en Antropología. Profesor por varios años del departamento de Filosofía, Universidad del Cauca y profesor de la Maestría en Ética y Filosofía Política, Instituto de Postgrados, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Universidad del Cauca. Profesor del Programa de Administración Pública Territorial (APT) de la Esap-Territorial Cauca y del Programa de Trabajo Social de la Fundación Universitaria de Popayán (FUP).

Friedrich August von Hayek¹ (1947), se da origen precisamente a la *Société du Mont Pèlerin*² en Suiza, convertida en instancia de discusión y en espacio de lanzamiento de la plataforma programática neoliberal, es decir, de su cuerpo doctrinario y su exégesis, que contiene la inclusión de una particular forma de concebir la realidad, valga decir, de las relaciones entre el individuo, la sociedad y las funciones atribuidas al Estado. Desde ésta tribuna empezaron a ventilarse ideas como *la economía del libre mercado*, asumida como una evidencia de verdad para la vida social: una especie de destino natural e ineluctable de la humanidad o, si se quiere, una visión equivalente a una tendencia inatajable e irreversible para el futuro de las sociedades humanas.

La concepción hayekiana, bajo la consigna de fortalecer la promoción de los valores liberales³ que estaban “amenazados” por el intervencionismo del Estado, entiende el libre mercado (conjunto de actividades y transacciones económicas) como un modelo que gravita en torno a la iniciativa privada desarrollada por los individuos. Estos son percibidos como participando en una serie de decisiones y procurando alcanzar sus objetivos y propósitos económicos en un ambiente de libertad, esto es,

sin la intervención malsana del gobierno. Como quiera que el neoliberalismo proscriba el protagonismo político del Estado en la economía (modificando sus funciones y circunscribiéndolas a tareas como la guerra externa, el mantenimiento del orden público o la función legislativa), Hayek considera primordial reducir la iniciativa estatal a fin de fortalecer, paradójicamente hablando, la democratización y la preservación del régimen de libertades individuales (la “catalaxia”).

En este contexto, el mercado es asimilado a una ley natural que regula la vida social, de modo parecido a como existen mecanismos y leyes que regulan el mundo físico. La fuerza y el arraigo atribuidos al mercado llevan ciertamente a pensar que este puede ocupar (desbordar) el lugar del Estado, sustituyendo sus reglas de regulación económica en materia de precios, salarios, producción, bienes y servicios. Pero aun así no se puede disimular que debe contarse con una ayuda adicional: que haya un orden político capaz de conceder prelación (y otorgar protección) a la empresa privada, para así posibilitar las promesas de realización de la ley de oferta y demanda, el destrabe de las fuerzas del desarrollo, el logro de la paz y la prosperidad individual y colectiva. En lugar del Estado se acude al prodigioso mecanismo de la competencia. No obstante, la mano invisible del mercado (“invisible hand”) termina convertida en una entequeia o, si se quiere, en una entidad metafísica, en un supuesto fetichizado.

El mercado se revela así como una esfera abstracta e impersonal, como algo, incluso, impredecible. Corresponde a un existente a priori cuyo rasgo sustancial es que antecede y permanece, colocándose más allá de cualquier contingencia que se presente en el mundo real, más allá de cualquier intento inteligente por construir un orden social y lograr su comprensión racional. La idea-fuerza del mercado se permea así de un halo mágico y de misterio (la invisibilidad propuesta por Adam Smith), de modo que la única forma de considerar su origen y justificar su existencia es optar por la vía del pensamiento de un orden social espontáneo, es decir, de una sociedad autorregulada “...bien ordenada, dirigida a preservar el mayor grado de libertad y a satisfacer el mayor número de intereses individuales y sociales”⁴. Por ello no se duda en evaluar como positivo, contra toda lógica social, el egoísmo individual y el bienestar particular.

Categorías como el “mercado” o la “economía” (entendi-

1 Premio Nobel de Economía, discípulo de F. von Miseser y L. von Mises (este último influenciado, a su vez, como comenta Michel Foucault, por Carl Menger y su discípulo Eugen von Böhm-Baerk), quien hizo un llamado a una serie de pensadores de prestigio (economistas, filósofos, historiadores), identificados con la idea común de la interpelación al modelo del Estado de Bienestar, al Estado Socialista y al colectivismo, vistos como peligros para las libertades económicas de los individuos y de sus derechos (el “Estado termita” de Wilhelm Röpke). Aunque antes de Hayek y de Ludwig von Mises se destacaron precursores como Hans Peter, Heinrich von Stackelberg y Erich Schneider, es a aquellos dos primeros a los que usualmente se los reconoce como los verdaderos impulsores del neoliberalismo, siendo ubicados dentro de la escuela económica austriaca de Friburgo, al lado de Ludwig Erhard, Walter Eucken y Franz Böhm.

2 Sociedad de Mont Pèlerin.

3 En la medida que para el neoliberalismo la sociedad se concibe regida por la competencia, la posibilidad de sobrevivencia de cada individuo estará determinada por lo mejor que cada uno debe dar (y exigir) de sí mismo. En tal sentido, se tiende un puente hacia el liberalismo y hacia la democracia liberal en cuanto a la reivindicación de la libertad (capacidad de elección y decisión), la igualdad (ante la ley y en cuanto a las oportunidades, no en cuanto a la propiedad) y la justicia. De todos modos, la realización de estos valores en la práctica social de la democracia no está exenta de marcadas restricciones y exclusiones, amén que para los ciudadanos representa un sacrificio a consecuencia del predominio de las políticas contemporáneas de seguridad nacional que invocan la lucha contra el “terrorismo” o el “narcoterrorismo”.

4 VALLESPÍN, Fernando (Editor). *Historia de la teoría Política*. Vol.6. Alianza Editorial, Madrid, 2004, pág. 18.

das, además, como ámbitos autónomos y diferenciados de la sociedad), son concebidas como si se tratara de entidades que “están ahí”, funcionando “por sí solas”. Son presentadas como si semejaran fuerzas anónimas que actúan “por sí mismas”, que se han liberado y desprendido de la acción social y que, por consiguiente, no requieren de direccionamientos u orientaciones que provengan externamente, sea del mundo político, del gobierno o del Estado. La economía y el mercado, igual que los factores que los configuran, se entienden como cosas que se bastan “a sí mismas”, que se vuelven “prodigiosas” y trascendentes frente a los mismos procesos sociales. Como astucias de la inteligencia se convirtieron en cosas revestidas de una apariencia irrefutable e irrefutable, en simbolizaciones culturales que pretenden abstraerse de su reconocimiento como resultados humanos, como construcciones sociales o políticas.

En el terreno económico, además del afán de lucro y de la idea del mercado como sistema de organización espontáneo e imparcial, amén del planteamiento sobre la necesidad de colocarle límites a la intervención del Estado (para preservar la protección de la esfera privada de los individuos y la libertad de escogencia de las personas e instituciones), concurren otras explicaciones como aquella que habla acerca de la división internacional del trabajo, la especialización productiva y las *ventajas comparativas*. Y al campo de la administración pública es a donde particularmente se han volcado discursos de la empresa privada que, inspirados en el credo neoliberal, enfatizan en la eficiencia de las instituciones, la reforma del Estado y su repliegue de las actividades económicas y del campo social (el Estado Mínimo), lo mismo que la adopción de modelos de gestión pública “postburocráticos” y “meritocráticos” que se soportan en la flexibilización del sistema de relaciones laborales.

En tal sentido podemos coincidir con los Comaroff en cuanto a que el neoliberalismo designa un segundo arribo del capitalismo. Solo que este arribo ha operado bajo una expresión globalizante, es decir, bajo un capitalismo del milenio que se anunció con voz y discurso salvífico y mesiánico, vociferando la “buena nueva” que lo ha colocado como evangelio de salvación (“gospel of salvation”), investido de poder para cambiar hasta el mundo de los más pobres, valga decir, “...the universe of the marginalized and disempowered”⁵. Pero también, por supuesto, con capacidad para convertir nuestra tierra en un antro

5 COMAROFF, Jean y COMAROFF, John L. *Millennial capitalism and the culture of neoliberalism*. Duke University Press, Durham, North Carolina, 200, pág.177. La expresión extractada se refiere a que el

(prostíbulo) cósmico, propicio para rendir culto a la ganancia y a la riqueza inmediatas, al consumo, a la especulación financiera, al abaratamiento de los salarios y a la deslaborización del trabajo, a la circulación de apuestas, al tráfico de drogas, armas, personas y formas de vida animal; a la violencia y, en últimas, al incremento de las diferencias sociales.

Al propagarse y volverse dominante en una escala global, el neoliberalismo empezó a coincidir con la universalización económica que recorre hoy el mundo. Se volvió tema o asunto obligado de conversación diaria, convocando a la discusión y al debate a “especialistas” y a “expertos” (economistas, politólogos, políticos, sociólogos, periodistas, empresarios, élites burocráticas o tecnocráticas) e instituciones⁶, pero también involucrando a la gente del común y, en concreto, a la puesta en escena y circulación de significados, sentidos y sentires sociales y culturales, que han impregnado y penetrado las subjetividades, las vivencias, las percepciones y las formas de vida que el ciudadano de a pie ha incorporado a su cotidianidad: relaciones y actitudes hacia el Estado y sus instituciones, el trabajo y su disciplinamiento, el comercio, los sindicatos y las huelgas laborales, el manejo y administración del tiempo y de la autoridad, etc.

Entre otras de sus derivaciones podemos mencionar las ideologías de la eficiencia y la productividad; los lenguajes de la competitividad, el éxito empresarial, el espíritu empresarial y/o emprendimiento; las acciones basadas en

neoliberalismo se atribuye a sí mismo, es decir, al discurso, a los principios y postulados doctrinarios que lo sustentan, una fuerza tal de cambio que es capaz de hacer justicia transformando el mundo de los marginados y de los que carecen de poder.

6 La denominación que utiliza Daniel Mato para referirse a actores sociales e instituciones que operan en el plano local, nacional o transnacional (más allá de las fronteras nacionales), encargándose de la producción y difusión de las ideas neoliberales, es la de *Think Thanks*. Entre ellos están los centros académicos e institutos de investigación, las fundaciones, los empresarios, líderes políticos, entre otros. Además de la Sociedad de Mont Pelerin, se habla del papel del Institute of Economic Affairs (IEA), cuyos estudios sirvieron para que Margaret Thatcher promoviera las reformas neoliberales en Inglaterra; de la Heritage Foundation, promotor de las reformas introducidas por Ronald Reagan en Estados Unidos; y del Atlas Economic Research Foundation. A estos podrían agregarse, entre otros a nivel de Latinoamérica, el Instituto Libertad y Democracia del Perú. Véase: MATO, Daniel. “Redes de “think tanks”, fundaciones, empresarios, dirigentes sociales, economistas, periodistas y otros profesionales en la promoción de ideas (neo) liberales a escala mundial”. Consultado el 20 de diciembre de 2011. Disponible en: <http://www.globalcult.org.ve>

el predominio de los fines sobre los medios, de los objetivos y resultados sobre los procedimientos; la publicidad que enfatiza en consumidores o clientes; la concepción de la sociedad como un gran mercado; la naturalización social de la ganancia, la riqueza y el dinero; la mercantilización de los bienes culturales y sociales (la educación, el arte, el medio ambiente); la difusión de la cultura del consumo; el arraigo de la política como mercado y como competencia de intereses; la visión que equipara a la familia con la empresa, es decir, a una sociedad anónima conformada por actores racionales independientes.

Históricamente el corpus neoliberal empezará a tomar fuerza en la década del 70 del siglo XX, cuando ya se evidencian signos de recesión económica luego de varias décadas en que el Estado (en Europa y Estados Unidos), sobre todo después de la crisis de 1929, intervino en el manejo de la economía. Entonces el discurso neoliberal, atribuyendo las causas de la crisis al gasto social incontrolado y al creciente poder adquirido por el sindicalismo y por el movimiento obrero, dejó de ser simple retórica, discurso intelectual y convicción ideológica. En América Latina pasó a la acción política concreta y se volvió realidad bajo la dictadura del general Pinochet en Chile, continuando su presencia bajo los gobiernos de la primera ministra Margaret Thatcher en Inglaterra (1979), lo mismo que del presidente Ronald Reagan en Estados Unidos (1980) y de sus sucesores en la Casa Blanca.

En la avanzada del discurso neoliberal jugaría también un papel impulsor importante el llamado *Consenso de Washington*. Este incluyó un conjunto de reformas de política económica y planes de ajuste dirigidos a los países deudores, a instancias de las presiones hechas por organismos transnacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. También se pueden incluir varios pactos y acuerdos como la *Iniciativa de las Américas*⁷, llevada a la práctica por el entonces presidente George Bush (1990); el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA), que entró en vigencia desde el mes de enero de 1994; la creación de la *Asociación de Libre Comercio de las Américas* (ALCA) y otros acuerdos comerciales que quedaron condicionados a la decisión de los gobiernos estadounidenses de turno (como el TLC firmado con Colombia).

7 Abarcó diez (10) aspectos: 1) Reforma fiscal; 2) Recortes al gasto público; 3) Reforma tributaria (establecimiento de impuestos indirectos y ampliación de base tributaria); 4) Liberalización financiera (flujos de tasas de interés); 5) Introducción de tipo de cambio competitivo; 6) Liberalización del comercio; 7) Privatización de empresas estatales; 8) Inversión extranjera directa; 9) Desregulación estatal; 10) Protección a los derechos de propiedad.

En tanto el neoliberalismo alcanzó dimensión mundial se fue haciendo extensivo a otros países europeos, asiáticos y latinoamericanos (México, Brasil, Bolivia, Ecuador, Argentina, Venezuela, Perú, Colombia). En el contexto suramericano, aparte del caso chileno, la implantación de la vivencia y la afección neoliberal desde el poder del Estado empezó a hacerse bajo el marco de la “redemocratización” y/o de la “transición a la democracia”. Ya bajo proyectos y modelos políticos que tomaron la forma de Estados burocrático-autoritarios (O’Donnell), como en los países del cono sur; o bajo Estados dependientes y gobiernos plebiscitarios que, usufructuando los réditos electorales derivados del señuelo de la antipolítica, han acudido a procedimientos como el referendo para reformar las constituciones políticas. Esto, por ejemplo, aconteció en países andinos como Colombia, donde predominó un régimen abiertamente autocrático entre el 2002 y el 2010.

Bajo estas fórmulas, que no han estado alejadas de la recreación del populismo y de rasgos como la concentración del poder en cabeza del ejecutivo, se ha adoptado la aprobación de figuras como la reelección presidencial, la concentración de la toma de decisiones en unas reducidas élites centrales (que se apoderaron del aparato administrativo del Estado), el fortalecimiento de las atribuciones a los jefes de Estado (operando paralelamente la intromisión en los otros poderes públicos) y la criminalización de la protesta social. Son muestras políticas de cómo se fue derivando peligrosamente hacia la hegemonía política y hacia la neutralización de toda expresión que implicase oposición al modelo neoliberal, incluyendo la limitación de las libertades y garantías constitucionales. Así ocurrió con la “fujimorización” (Perú), la “menemización” (Argentina) y la “uribización” (Colombia).

En el marco de la ola expansiva del credo neoliberal el reforzamiento de asambleas, encuentros e intercambios promovidos por seguidores y militantes daría pie para que se fuera incluyendo la tolerancia respecto al establecimiento de gobiernos fuertes (generalmente regímenes de derecha), como garantía de control del orden público para viabilizar el flujo de inversión de capitales; la libre competencia y la apertura de mercados a la inversión extranjera; la flexibilización laboral y salarial; la incorporación de políticas de control inflacionario, de la oferta de dinero y de los intereses monetarios; el abandono del proteccionismo; la introducción de ajustes estructurales; el debilitamiento del sindicalismo y, en términos generales, el desmonte de lo *colectivo*.

En Colombia los preparativos concretos para el arribo del neoliberalismo fueron iniciados desde finales del go-

bierno de Virgilio Barco (1986-1990). Se consolidarían a partir del periodo presidencial siguiente de César Gaviria (1990-1994) quien, bajo la prédica de “modernización del Estado”, introduciría la “Revolución Pacífica” y la “Apertura Económica”. Con estas sombrillas ideológicas en realidad se buscaba impulsar el desarrollo preferente de ciertas áreas de la economía, flexibilizar las barreras para la entrada de capitales y recuperar (de la mano de la reforma de la Constitución de 1886) la legitimidad política del régimen que venía de ser confrontada por la guerra que habían declarado las mafias del narcotráfico y por el auge de movimientos cívicos y movimientos populares de protesta. Y todo ello se hacía bajo la recuperación del interés político de Estados Unidos con respecto a su “partido trasero” (América del Sur).

Usufructuando habilidosamente la inconformidad ciudadana con la clase política tradicional, las élites neoliberales se presentaron con rostro reformador en representación del “país nacional”. Propusieron entonces la reforma de la Carta Política vigente, no sin antes haberse revocado el mandato del Congreso de la República y convocado a una Asamblea Constituyente, como vías conducentes al establecimiento de varias reformas y transformaciones: desde el fortalecimiento del poder ejecutivo; el uso de los estados de excepción (el estado de guerra exterior y el estado de conmoción interior, antes conocido como estado de sitio); la internacionalización de la economía; la privatización de las empresas del Estado y la venta de sus activos y bienes; la reforma administrativa y el afianzamiento de la descentralización; las reformas laboral, tributaria, en salud, seguridad social y educación⁸.

8 En este marco se aprobó la Ley 50 de 1990 que, bajo la flexibilización del régimen laboral, le apostaba al mejoramiento de la competitividad, valga decir, al abaratamiento de los costos laborales y al otorgamiento de garantías para el mercado y de beneficios rentísticos para el capital de las empresas y de los intereses privados de los inversionistas. Así el trabajador pasó del proteccionismo a la indefensión laboral, lo cual se tradujo en desmejoramiento salarial y prestacional (salario integral en vez de un salario mínimo como límite); inestabilidad laboral (en lugar de empleo vitalicio); predominio de la contratación a término fijo (temporal); aumento de las exigencias productivas de empleadores a trabajadores contratados, a la sombra de la desregulación laboral; pérdida de la retroactividad de las cesantías y creación de fondos privados de administración de cesantías. Al amparo de la anterior disposición legal, junto a otras que se expidieron, como la Ley 100 de 1993, se aumentaron los aportes al sistema de salud y de seguridad social de cuenta del trabajador; se aumentó la edad y el tiempo de trabajo para el logro de la pensión de jubilación o de vejez; se restringió el derecho de huelga y de negociación colectiva; se eliminó el pago del recargo por trabajo nocturno; se generalizaron en últimas los despidos

2. El neoliberalismo como gubernamentalidad

El neoliberalismo, como régimen discursivo y como racionalidad equivale a lo que Foucault denomina *gubernamentalidad*. Como *mutación ideológica del capitalismo* acoge y articula, por lo tanto, prácticas de gobierno, saberes, dispositivos de seguridad, modos de conocimiento y formas y/o modos de producción (biopolítica). Es a partir de ellos que se ejerce el poder y el control establecido sobre territorios, poblaciones y formas de vida en sentido colectivo, *tal y como lo manifiesta históricamente la economía política del azúcar y su agenda operativa puesta en marcha en el suroccidente colombiano*: por ejemplo, en este engranaje, que toma la forma de un *cluster*, intervienen técnicas y tecnologías; herramientas de administración de recursos materiales, naturales y humanos; empleo de recursos legales; salarización y contratación; establecimiento de relaciones y estrategias de competitividad; redes, circuitos y eslabones, etc.

Pero en la medida que se hicieron manifiestas las consecuencias sociales de las políticas de desajuste, implementadas tanto en los países capitalistas avanzados, como en los países dependientes como el nuestro, empezamos entonces a percatarnos del carácter nefasto del neoliberalismo. Tras imponerse las ideas heredadas de la concepción de los economistas clásicos, que nos hablaban de la promesa de mejoramiento de las instituciones públicas, de la distribución de la riqueza de acuerdo a los aportes productivos, de nuevos tiempos de democracia, libertad, igualdad y justicia, terminamos encontrándonos de frente, y a empujones, con el verdadero rostro del neoliberalismo: la cara del descalabro social traducida, por un lado, en una ostensible reducción del Estado en cuanto a su papel de proveedor de funciones y garantías; y, por otro, en la concentración de la riqueza en pocas manos, lo que ha significado la condena de muchísimos ciudadanos a la miseria.

Las últimas décadas, bajo la vertiginosa escalada de las políticas neoliberales, han mostrado el aumento en espiral de la exclusión y la marginalidad social de comunidades y grupos enteros. La nota distintiva que marca el destino de la mayoría de los seres humanos en el mundo y, particularmente en América Latina, sigue siendo la reiterada segregación en el acceso a servicios básicos y

colectivos. En suma: las condiciones laborales en Colombia registraron un cambio drástico, tanto así como para afirmar que el movimiento sindical fue debilitado y empezó a predominar el empleo temporal, el pago a destajo o por productividad (como es usual en el mundo del trabajo cañero), el aumento de la economía informal, al tiempo que se fortaleció la legislación de orden público.

la restricción de recursos. Con su provisión sería posible no sólo garantizar mejores condiciones de vida, sino una vivencia más real de la democracia y la práctica de los valores democráticos. Es por ello que se requiere de un dique político alternativo que permita poner un freno a la criminalidad, el bandidismo y el fascismo sociales acarreados por el desenlace capitalista bajo la gubernamentalidad neoliberal rampante, de modo que se puedan revertir sus consecuencias nefastas en el orden de las relaciones globales.

No olvidemos que este desenlace (económico, político e ideológico) del capitalismo, al adoptar una careta neoliberal, remonta históricamente sus raíces en Occidente al predominio que ha tenido el capital y, por supuesto, el poder colonial establecido. Este ha sido conjugado, a su vez, con lo que Mignolo denomina una matriz de discriminación racial⁹, donde los habitantes de los países colonizados (“tercermundistas”) son representados como seres irracionales, como seres sumidos en la incapacidad para solucionar sus propios problemas. Esta “minoría de edad” ha servido para demandar (y justificar) la ayuda externa en todas las esferas de la vida social y como consecuencia de esta intervención la violencia, la dominación y el sometimiento, el control ideológico y físico de territorios y habitantes, la explotación de recursos y mano de obra:

Una matriz racial que no se basaba en la diferencia de fenotipo sino en el simple hecho de no semejanza a las formas sociales europeas, pues se consideraba que sí no era como ellos, indudablemente era inferior y por lo tanto el ejercicio de la violencia encontraba una justificación: la civilización de los pueblos bárbaros o salvajes¹⁰.

De hecho el neoliberalismo, como forma de gubernamentalidad, como vertiente discursiva y como práctica social, económica y política, se ha encargado de acentuar la supuesta “irracionalidad” de los pueblos subordinados y, por ende, de sus grandes “limitaciones” culturales, evi-

denciadas al momento en que estos se muestran “incapaces” de representar su realidad y de asumir la tarea de pensar su propio destino, con miras a darse una organización política autónoma que pueda favorecer el bienestar general. Como esto es visto como una tarea “imposible”, entonces el credo neoliberal se encarga de reivindicar el poder hegemónico de intervención del capitalismo, del libre mercado, de las grandes potencias imperialistas y de su institucionalidad. Así, los pueblos “inferiores” podrán salir de la pobreza y superar el círculo vicioso de las debilidades que ellos mismos han provocado y a las cuales se han “habitado” culturalmente.

El neoliberalismo, que como régimen discursivo fue acogido y difundido desde los países imperiales a través del protagonismo logrado por las élites en el cambio de la naturaleza del Estado y en la reproducción (preservación) de su posicionamiento económico, social y político, se impuso coactivamente como modelo. Con él sobrevivieron también mecanismos de presión y amenaza (intervenciones militares disfrazadas con un carácter “humanitario”, aislamiento del sistema internacional, multas, sanciones económicas, inclusión de países en “listas negras”, certificaciones expedidas por organismos multinacionales) y toda una agenda que contiene formas, mecanismos y dispositivos de intervención y de dominación que han terminado por divorciarse tajantemente de la democracia, tanto como para llegar a desnaturalizarla. En los marcos de la globalización actual la prioridad no es la justicia social de la población mundial, sino la garantía de un orden para el mercado global de mercancías, bienes y servicios que produce el capitalismo. La preocupación consiste no tanto en la preservación de los valores democráticos para el conjunto de las sociedades, sino en el diseño y mantenimiento de un conjunto de reglas de juego para que las transnacionales encuentren condiciones de favorabilidad y puedan mantener la productividad y el crecimiento económico, aún a costa del deterioro ambiental del planeta. Bajo los conceptos de Estado mínimo y democracia no sólo se han exacerbado las diferencias sociales entre los ciudadanos. También el acento está colocado, pues, en los asuntos de seguridad, en el retorno de los fascismos, en las soluciones de fuerza y en las salidas autoritarias. Bien lo expresa Mignolo:

Intuyo que en el último cuarto del siglo XX y de la primera década del siglo XXI, estamos presenciando la tercera conmoción, de fisonomía sísmica, del mundo moderno/colonial; o, en otro lenguaje, la tercera conmoción de los imperios occidentales que emergieron en el siglo XVI. La primera conmoción fue la revolución colonial, la fundación histórica del capitalismo mercantilista (subsumido luego por el capitalismo libre-cambista de Adam Smith), por el capitalismo de la revolución industrial y finalmente

9 Para Aníbal Quijano la colonialidad del poder constituye una matriz mundial de dominación establecida desde Occidente con base en categorías como la raza y las diferenciaciones racistas (en relación a pueblos y culturas), las diferencias de género, la explotación y el control del trabajo por el capitalismo, la visión eurocentrista (forma dominante de racionalidad y de producción de conocimiento, saber y verdad) y el papel del Estado (como organización del poder político y expresión de la autoridad y la dominación impuestas sobre la sociedad por parte de élites, clases o grupos dominantes).

10 MIGNOLO, Walter. *La idea de América Latina*. Alianza Universitaria, Madrid, 2001, pág.89.

por la victoria de la economía sobre el resto de las esferas de la vida (neo-liberalismo): la importancia absorbente de la economía del crecimiento y del progreso en la vida de todos, es paralela al decrecimiento de la vida de todos y de la vida en general, en la economía del crecimiento-vivimos en la tensión entre el crecimiento y la producción, por un lado, y el vivir bien y la re-generación por otro....en la Europa occidental (imperios estructurados con base en la economía capitalista), que desplegaron en el interior de la Europa renacentista (Italia, España, Portugal) y de la Europa iluminista (Francia, Inglaterra, Alemania) y en su expansión imperial-colonial, que condujeron a lo que es hoy el neo-liberalismo en sus variadas máscaras¹¹.

3. Falacias y contradicciones del neoliberalismo

Más allá de las envolturas y las sofisticaciones académicas e intelectuales como ha sido presentado el neoliberalismo, proceso articulado a una labor progresiva de ablandamiento ideológico y de apertura de espacios de divulgación, con su llegada se fue materializando la cruda realidad de pueblos y países enteros, objetivándose el fascismo social. Sus engaños y falacias ideológicas han sido encubiertas con las retóricas que destacan las bondades atribuidas al mercado, a la competencia y a las libertades individuales. Desde su nacimiento histórico, en las entrañas mismas de la *Sociedad de Mont Pelerin*, sus ideólogos se encargaron de propagarlo por el mundo hasta llegar a convertirlo en el nuevo credo político, social y económico del capitalismo globalizado que recorre el mundo.

Al ser reproducido a escala planetaria, con el concurso de diversos medios publicitarios y agentes (políticos profesionales, empresarios, intelectuales y profesores universitarios, periodistas, ONG's), el neoliberalismo no solo ha tomado una posición hegemónica sino que su influencia se ha corporizado mediante el desarrollo de un sofisticado poder de penetración en el conjunto de las sociedades, atravesándolas en un movimiento envolvente que va de arriba hacia abajo y viceversa. De hecho, el neoliberalismo se ha erigido en el lugar común que permite explicarlo todo: desde la incapacidad personal, que se atribuye a los pobres para superar su miseria (buscando ser contrarrestada, por ejemplo, con las ideologías del éxito empresarial), hasta el subdesarrollo y el atraso de países y colectividades sociales.

Este posicionamiento logrado, que aunque no abarca la

totalidad del globo terráqueo, si es dominante en la mayor parte del mismo, es una prueba contundente de cómo el capitalismo muta de rostro y de ideología. Así como el intervencionismo estatal de corte keynesiano era la fórmula funcional para enfrentar la crisis de 1929 y contrarrestar los efectos de la radicalización de la lucha de clases, en tanto factor potencial de desencadenamiento de un proceso revolucionario, el neoliberalismo emergió como la nueva receta para los problemas de las sociedades. De modo que al expandirse el nuevo evangelio, como lo hacen las epidemias y las pestes, el neoliberalismo transformó una sarta de mentiras en un canon de verdades sacralizadas, es decir, en un conjunto de principios y postulados explicativos que fueron fetichizados y que han servido para legitimar la desigualdad entre hombres y naciones.

En virtud de ello el credo neoliberal o, para ser más exactos, su evangelio adoctrinante, fue configurado con un poder equivalente al que se otorga a las pócimas mágicas o a las "pomadas". Es más, se ha dicho que solo a condición de que se las aplique correctamente se encargarán de liberar su potencial curativo, o sea, la fuerza de "sanación" y de "alivio" de los dolores y traumas que afectan la vida de individuos y sociedades nacionales: se trata de algo así como "frotar" la caja de Pandora para dar rienda suelta a las soluciones. Solo que la garantía que avala la eficacia de esta medicina consiste en que sean formuladas y administradas por élites de sabios (planificadores, expertos y especialistas), encargados de aprobar decisiones tecnocráticas y colocarlas en marcha desde instancias del Estado que son presentadas como mecanismos asépticos, como procedimientos apolíticos, neutrales e imparciales. Y en la medida que las élites tecnocráticas se apoderaron del Estado pudieron implementar los dispositivos contenidos en el programa de la contrarrevolución neoliberal, aglutinante ideológico de la nueva derecha. Solo que para poder asegurar su capacidad de maniobra fue necesario realizar transacciones y pactos políticos con los sectores de la partidocracia tradicional, artífices (en escenarios como América Latina) de la construcción y concentración de un poder dominante configurado, en la mayoría de nuestros países, bajo la forma de un bipartidismo que se ha alternado en el poder. Fue de este modo como en América Latina el neoliberalismo se alzó como un sistema discursivo y simbólico de interpretación, explicación y representación de la realidad.

Bajo este colchón ideológico se legitimó la retracción social del Estado (que no su eliminación, como usualmente se ha dicho) y la democracia liberal fue convertida en la máscara política para asegurar las reglas de juego y las condiciones bajo las cuales opera actualmente la radicalización del aumento de la desigualdad social entre

11 **MIGNOLO, Walter.** Hermenéutica de la democracia: el pensamiento de los límites y la diferencia colonial. En: *Revista Crítica*, Bogotá, 2008, pág.19.

ricos y pobres, así como la concentración de la riqueza en pocas manos. Todo ello está auspiciado por gobiernos de minorías o, para ser más exactos, por las dictaduras establecidas por las élites. Estas, para ser atractivas a un electorado cautivo, asumen diversidad de rostros, voces y modulaciones políticas, como lo han ejemplificado los casos de México, Perú, Brasil, Argentina o Colombia:

A guisa de ejemplo, podríamos mencionar que la democracia, en tanto forma de intervención en las decisiones de una sociedad según los principios de la igualdad y la participación, en nuestros países está siendo socavada por tendencias neoconservadoras y neoliberales que no sólo equiparan la lucha por el poder a la lógica económica del mercado y del cálculo individual (Mac Pearson, 2005), sino que han puesto en marcha la política preventiva del gobierno de las élites¹².

La aligeración de las cargas y demandas sociales que había asumido de modo más amplio el Estado interventor en los países latinoamericanos, resultado de los ajustes neoliberales introducidos, produjo reconfiguración de la ciudadanía, lo mismo que restricciones y recortes drásticos en el ejercicio de los derechos. A través de una serie de reformas estatales las decisiones tomadas, cuyo protagonismo ha recaído en grupos tecnocráticos directamente conectados con organismos internacionales, se favoreció el traslado de funciones públicas a manos del capital privado (nacional y transnacional). Esto acentuaría la formación de gobiernos democráticos convertidos en marionetas de los países imperiales y de sus agencias de desarrollo, el aumento de la pobreza y de las inequidades, pero también del crecimiento de la inconformidad, las acciones colectivas de lucha y la resistencia social.

En este orden de ideas, la arremetida neoliberal hizo que la democracia representativa se convirtiera en un instrumento político útil para los fines del capitalismo y de los intereses de las clases dominantes (banqueros, empresarios y dueños de monopolios y medios de producción, clase política, fuerzas armadas), quienes en alianza con otros sectores de la sociedad (intelectuales, burocracias, clases medias, grupos sindicales controlados por el Estado o la empresa privada) han establecido condominios fácticos de poder. Estos gravitan en torno al mantenimiento de privilegios cuya reproducción y estabilización permite explicar cómo hacia arriba de la sociedad se ha

trenzado una comunidad de fuerzas y de apetitos políticos que tienen una identificación común con una misma consigna: la defensa del statu quo.

Asistimos entonces a la profundización de la escalada neoliberal que, tras los dudosos atentados terroristas del 2001 en Nueva York, se acompaña de acciones de agresión e incursión militar que realiza el imperio en varias partes del mundo, ya para combatir los reductos del “mal” (representados por grupos etiquetados como “terroristas” o “narcoterroristas”), ya con miras a “civilizar” y a “reconducir” políticamente a los países considerados “díscolos” y “caóticos”. A estos se les impone el modelo de la democracia gringa, es decir, la obligación de conformar gobiernos títeres y manipulables, defensores del capitalismo y facilitadores de la apropiación de los recursos naturales (petróleo, agua, reservas madereras, entre otros) que realizan las multinacionales.

De allí la lógica del aumento de los presupuestos militares para la guerra, al tiempo que se recorta el gasto social, se privatizan los bienes y recursos públicos, se adoptan políticas de ajuste fiscal, se regulan los salarios a cuenta gotas, se conforman aparatos de represión y vigilancia. Incluso, en lo que parecería ser la expresión de un mal chiste, por no hablar del colmo social o del cinismo descarado, el Estado crea políticas de subsidio a los más ricos. Como se recordará el mandato presidencial del señor Álvaro Uribe Vélez fue célebre, entre otras cosas, no sólo por haber instaurado un gobierno de tipo mafioso y atrabiliario. También por alimentarlo con dosis significativas de populismo y de personalización de la política, lo mismo que por haber creado un sistema de asignación de gruesas sumas de dinero para personas pudientes (programa de Agro Ingreso Seguro).

A pesar de este estado de cosas, a pesar de que la avalancha neoliberal hace que el futuro se nos revele poco esperanzador, también se están registrando en varias partes del mundo, y particularmente en América Latina, olas y acciones de lucha y resistencia contra una economía neoliberal que al hacer ostentación ampulosa de un individualismo rapaz no sólo nos ha mostrado la mudanza de piel que ha sufrido el capitalismo, sino que también nos ha anunciado la imposibilidad histórica de este sistema para construir unas relaciones más dignas entre los seres humanos y entre estos y la naturaleza. Esta incapacidad sistémica nos lleva, a su vez, a entender por qué bajo el capitalismo no es posible ni domesticar, ni humanizar, el apetito insaciable de riqueza y de ganancia que como definitorio de la naturaleza humana es reivindicado por los partidarios de la competencia.

Dado los riesgos evidentes de una crisis ecológica global

12 CORDOBA GÓMEZ, Luis Antonio. “Liberalismo y democracia en la perspectiva de Norberto Bobbio”. En: *Convergencia*. Revista de Ciencias Sociales. Año 15, Núm.48. Universidad Autónoma del Estado de México. México, septiembre-diciembre de 2008, págs. 31-32.

a que progresivamente nos está conduciendo el capitalismo, es necesario plantear y construir alternativas políticas que nos devuelvan el sueño esperanzador de pensar que la construcción de un mundo mejor sí es posible. Y este “sí es posible” tiene que constituir una respuesta contundente que desacelere (o detenga) el desastre colectivo que ha provocado el capitalismo, al tiempo que se distancie de las experiencias socialistas autoritarias de la antigua URSS y la Europa del Este. Hablamos entonces de acoger la posibilidad prometedora del *Nuevo Socialismo* (o del *Socialismo Democrático*), es decir, de un sistema político donde en el conjunto de las relaciones sociales sean importantes las libertades individuales pero donde los individuos no estén sometidos (e indefensos) a la dictadura del mercado.

Hacemos mención a un modelo de Estado que intervenga para detener las tropelías que provoca el capitalismo, garantizando justicia e inclusión sociales; que genere condiciones que permitan la satisfacción del sistema de necesidades básicas de la gente; que propicie un trato amable hacia la naturaleza; que incorpore la economía de la subjetividad, encarnada en los deseos, los afectos y las expectativas, a la política; que reconozca e incluya las diferencias culturales; que en vez de una ciudadanía cimentada en consumidores alienados buscase formar hombres con conciencia crítica, sujetos políticos participativos y solidarios, comprometidos en la construcción de una nueva sociedad. Al menos resulta esperanzador que algunos de estos atisbos sean parte de las experiencias políticas de países como Venezuela y Bolivia, a los que la crítica oportunista de derecha y de izquierda no ha dudado en reducirlos a la condición de simples “populismos”.

Bibliografía

COMAROFF, Jean y COMAROFF, John L (2001). *Millennial capitalism and the culture of neoliberalismo*. Duke University Press, Durham, North Carolina.

CÓRDOBA GÓMEZ, Luis Antonio (2011). “Algunos elementos históricos para la reflexión sobre la conformación del Estado dependiente en Colombia y México y su relación con el surgimiento de la violencia y el narcotráfico”. En: *Conciencia*. Revista Multidisciplinaria. Núm.1. Fundación Universitaria de Popayán, Popayán,

CÓRDOBA GÓMEZ, Luis Antonio (2008). “Liberalismo y democracia en la perspectiva de Norberto Bobbio”. En: *Convergencia*. Revista de Ciencias Sociales. Año 15, Núm.48. Universidad Autónoma del Estado de México. México, septiembre-diciembre.

MATO, Daniel. “Redes de “think tanks”, fundaciones,

empresarios, dirigentes sociales, economistas, periodistas y otros profesionales en la promoción de ideas (neo) liberales a escala mundial”. Disponible en: <http://www.globalcult.org.ve>

MIGNOLO, Walter (2008). *Hermenéutica de la democracia: el pensamiento de los límites y la diferencia colonial*. En: Revista *Crítica*, Bogotá.

MIGNOLO, Walter (2001). *La idea de América Latina*. Alianza Universitaria, Madrid.

VALLESPÍN, Fernando, Editor (2004). *Historia de la Teoría Política*. Vol.6. Alianza Editorial, Madrid,